

Maniqués

La tarde cayó de golpe en San Javier. Las nubes cubrieron el cielo de gris y luego fue la oscuridad la que inundó los patios y las casas. Julio Garrido se acercó hasta la puerta de su tienda de la calle Arenales para respirar un poco de aire fresco. Al abrirla lo sorprendió una brisa húmeda. La puerta se cerró por la corriente, así que acercó una maceta para mantenerla abierta. Se quedó un rato en el umbral disfrutando del aire. En la esquina, el foco solitario del alumbrado público se balanceaba con el viento y le daba algo de vida a la calle desierta.

Julio Garrido miró el reloj de la pared de la tienda y, como era casi hora de cerrar, fue hasta el escaparate y comenzó a desvestir a uno de los maniqués. Esa mañana había llegado la colección de invierno y quería ponerle el traje nuevo, el que era negro con rayas grises. El maniquí parecía indefenso. Julio Garrido soltó los alfileres que le aseguraban el traje de verano y le quitó la chaqueta un tanto descolorida por el sol. Lo volteó, le soltó los pantalones y desabrochó la camisa. Cada vez que había cambio de temporada, sufría en silencio el asco que le provocaba vejar a los maniqués. Le quitó la camisa blanca y la dejó colgando del dedo de otro maniquí. Bajó los pantalones en el momento en que se escuchó sonar el teléfono de la tienda. No se imaginaba quién podía ser a esa hora.

Bajó del escaparate y fue hasta la otra punta, junto a la caja. Levantó el auricular y el teléfono estaba mudo. Miró hacia el escaparate y todo se volvió un lago de petróleo. Estaba seguro de que se había ido la luz.

De repente, un relámpago le mostró los maniqués tiesos contra el blanco del cristal. El que estaba desnudo parecía sonreír. Julio Garrido comenzó a volver hacia la puerta con cautela, tanteando entre las vitrinas. Una ráfaga helada atravesó la tienda en el mismo momento en que se oía el trueno haciendo vibrar todos los cristales.

Julio Garrido continuó hasta la puerta que estaba golpeándose con el viento y salió. Afuera no se veía nada. La luz de la esquina se había apagado y las casas estaban a oscuras. No había claridad a la vista, ni luna ni estrellas. Apenas si se distinguía un edificio lóbrego que estaba cruzando la calle. Julio Garrido dio unos pasos en la acera y casi se tropieza al encontrar el bordillo. El viento lo despeinó. Miró hacia los costados. Por lo que podía comprobar, no había luz en ningún lugar del pueblo. Todo estaba perdido en las más profundas tinieblas.

Otro relámpago iluminó la calle, que le pareció más pálida que nunca. Con el rabllo del ojo, Julio Garrido había llegado a ver el escaparate, y le había parecido que faltaban los maniqués. Pensó que tal vez con la puerta abierta y la luz cortada, alguien había entrado a robar.

Volvió hasta la tienda adivinando el camino con el recuerdo de la foto que le había mostrado el rayo. Empujó la puerta con fuerza, pero no cedía. El trueno lo aturdió. Otro relámpago iluminó el cristal del escaparate y le devolvió una imagen brillante. Parecía vacío. Siguió empujando la puerta, que comenzó a ceder. Debía haber sido la corriente de aire la que no le dejaba abrirla.

Entrando a la tienda lo sorprendió la luz de otro relámpago. Le pareció ver una mancha en el suelo y las partes de varios maniqués desparramados. Enseguida, con la foto de una carnicería en blanco y negro en la retina, el trueno del rayo anterior los hizo temblar a él y a los cristales. Dio un paso y sintió el líquido espeso que se escurría bajo su zapato izquierdo. Miró para el escaparate y distinguió dos siluetas inmóviles que se recortaban entre tinieblas. Faltaba una. Se acercó para tocar las figuras y asegurarse de que fueran maniqués. Notó que sus zapatos se ensuciaban con el líquido pastoso del suelo. Comenzó a trepar a la tarima del escaparate. Entonces sintió la mano fría y dura que le golpeaba la nuca. Bajó la cabeza. Algo como una corbata le envolvió el cuello.

Metió la mano para evitar que lo ahorcaran. Sus piernas estaban enredadas con las de un maniquí. Comenzó a caer. Antes de llegar al suelo una rodilla rígida, inhumana, le partió la frente. Tendido de espaldas, miró al techo que seguía igual de negro. Cerró los ojos muy despacio y se olvidó de todo.

Se despertó con la luz tenue de la mañana. Un niño vestido como para ir al colegio lo observaba con la nariz aplastada contra el cristal. La puerta de la tienda estaba cerrada. Julio Garrido se pasó la mano derecha por los pelos y sintió la sangre. Todavía confundido, miró su mano cubierta de una pasta marrón rojiza. Se quitó de encima el cadáver rígido del maniquí que le aprisionaba medio cuerpo y se sentó con cuidado, clavándose el codo inerte del otro muñeco que tenía debajo. La manga de la camisa blanca que había estado colgada en la mano muerta le envolvía el cuello.

La tienda era un desastre. El maniquí desnudo se había caído y sus partes estaban diseminadas. Las piernas de plástico que exponían las medias, que solían estar sobre las estanterías, yacían esparcidas por toda la tienda. El viento las habría tirado. La maceta que había sostenido la puerta estaba volcada y su tierra húmeda se había extendido en un charco de barro. El charco tenía dos pisadas, las de Julio.